Inmaculada Ayala

SAMURAI

Juan José Téllez

- Los árboles pasaban como manojitos de boquerones.

Eran los buenos tiempos, recuerda El Gordo. Y el Maestro le metía gas al deportivo, quitada la capota y melena al viento. El banderillero setentón que quiso ser picador y terminó de mozo de espadas acompañaba al maestro a bordo de aquel Porsche 911 colorado, con todo atrás y aquel motor bóxer que parecía que iba a echar a volar como el coche de Fantomas.

- En aquel entonces, fíjese lo que le digo, había carreteras por las que pasaban horas entre un turismo y otro.

Al Gordo le hacen los ojos chiribitas de pensar en aquellos años locos de la Costa, cuando Marbella aún se parecía a aquellas viejas películas de Gracita Morales y de José Luis López Vázquez y el Hotel Don Miguel coqueteaba todavía con una piara de cabras: "Claro que se lió con Ava Gardner. Si entonces teníamos la picha como un cable pelado de 500. Le metió mano en Madrid, en un taxi, y a ella se le escapó una guantá que fue a darle a Chano Lobato. Con Ava Gardner se lió media España, ¿sabe usted? La otra media debía ser del Opus".

- "Where do you going, dear?", me la imagino preguntándole en mitad de la noche aquella vez en el parador. ¿Que a dónde voy? –gritaba Mateo Paquiro medio en cueros por el pasillo--. ¿Que a dónde voy? ¿A dónde voy a ir? ¡A contarlo!

Hoy, la fiesta se está perdiendo, sentencia ante quien quiere oírle junto al maderamen de la barra de El Manteca, con sus tapas sobre papel de estraza y vino con sabor a tonel y a memoria: "El mundo se está llenando de ecologistas y falta trapío y buenos aficionados. Hasta Fernandino Quiñones se nos ha vuelto en contra desde que su hija se le echó a llorar como una magdalena en una de Cebada Gago".

A poco que cualquier aficionado lo reclamase, El Gordo declamaba el santoral de los hierros que jalonaban la Ruta del Toro o los predios de Tarifa: Álvarez Gómez, Ana Romero, Fermín Bohórquez, Camacho García, Cebada Gago, Domecq Bohórquez, Domecq Sainz de Rozas a más de la ganadería Marqués de Domecq, Gavira, Jandilla –de la que César Rincón se llevó una punta de vacas hasta su finca en las proximidades de Bogotá--, Marcos Núñez, Carlos Núñez, Osborne Vázquez, Romero Gallego, Sayalero y Bandrés –unos navieros que probaron suerte en el toro, enrolaron a un apoderado suyo en la nómina de un ferry y criaron al que mató a Paquirri-, El Torero, Torrealta o Torrestrella: "En su época de maletilla, al Maestro le gustaba torear desnudo por las dehesas. O, en mitad de la niebla, como Juan Belmonte".

- A los intelectuales, ahora resulta que no les gusta. Media vida hablando del minotauro y ahora reniegan de la casta andaluza, de esos hijos de los "condesos", "cabreros" y "vazqueños". Hubo un tiempo en que sólo había dos formas dignas de morir en España. Frente a un toro o frente al tribunal de la Inquisición.

El Gordo había tenido estudios, pero procuraba olvidarlos: "Saber no trae más que disgustos. Y los sentimientos sólo suelen traer mala suerte. Me haría vegetal gustosamente, pero las plantas no suelen comer pescaíto frito".

El Gordo se había criado en los callejones, oyendo cuentos de carnaval o de toros: "El carnaval sólo da hambre. El toro da cornás, pero da dinero", le decían sus mayores, enjutos tipos de sombrero calañés y bastones de empuñadura de nácar, cuya memoria se remontaba a un Cádiz mítico, al de los toros de Gerión o aquella primera plaza que dicen que hubo en la Corredera de las Águilas, donde en 1578 lo menos se agasajó con un festejo de toreo a caballo al rey Sebastián de Portugal, que viajaba al norte de África donde encontró la muerte en la batalla de los Tres Reyes; "un suceso que en realidad sólo sirvió para alimentar la

nostalgia de los poetas", solía decir El Gordo cuando todavía era maestro. Maestro escuela, quiero decir.

La fiesta no es sólo sudor y sangre, aunque por supuesto es sudor y sangre. El Gordo estaba leído y sabía que, aquí, lo mismo se habían corrido toros en una Venta de San Severiano que en el cuartel de Ingenieros o el Convento de Capuchinos: "Guillermo Boto dice que fue aquí, en la de San Antonio o Campo de la Jara, donde tuvo que inventarse el toreo a pie, ya sabe usted la manía que tenemos los gaditanos de creer que Dios hizo el mundo desde la Torre Tavira".

A él le atrajo lo mismo el albero que las bibliotecas: siendo un crío, con el Maestro, hacían rabona del colegio y se iban a la playa de los corrales para ver cómo llevaban las reses al matadero, o se escapaban hasta Puertatierra, en las tardes de corrida, por ver si podían colarse en la plaza Asdrúbal. Cada vez que encontraban combinación para llegar hasta allí, o lo hacían andando a través del Campo del Sur y de un Cádiz eterno con olor a pescado y a primavera, al Gordo se le venía a las mientes que quizá a su padre se lo cargaron frente a los muros de la plaza, y le entraba un repelús por todo lo que suponía aquel lugar, tan lleno de muerte, tan lleno de pasión, tan lleno de fuerza: "No me importó que terminaran cerrando aquella plaza, pero no fue justo que terminase convertida en un huerto de papas".

También al Gordo le hubiera gustado vestir de luces, pero no llegó más que a la plata. Incluso lo intentó siendo un chavea como picador: "Yo me sentía como Álvaro Domecq, como uno de esos aristócratas señoritos que miraban a los toreros antiguos como si fueran plebeyos. Nunca fui buen jinete, pero aguantaba lo mío, con el toro corneando el peto y yo clavándole la puya en el morrillo como si estuviera matando a la mala fortuna. A veces me entusiasmaba tanto que le daba más de dos varas y el público terminaba abucheándome. Por eso mismo, dejé el oficio. Si no se hace bien, nada merece la pena".

La verdad-verdad es que tampoco tenía carne ni musculatura para aguantar las embestidas, así que fue entonces cuando el Maestro empezó a despuntar y se lo llevó de banderillero: "Incluso cuando engordé. Yo

siempre fui a contracorriente, ¿sabe usted? De picador, era un canijo y de rehitelero, rollizo".

- Pero me salió una plaza en San Felipe Neri y tuve que dejarlo, aunque hubo años que le acompañaba media temporada lo menos.

Le acompañó, eso sí, en las dos últimas. El Maestro presentía que aquello no podía durar más y le pidió que se pillara una excedencia y le siguiese como mozo de espadas. El Gordo dijo que sí, plantó a su novia e hizo las maletas. Le gustaba vestirle, como si en realidad estuviera vistiendo a su memoria: "¿Quién dijo que era fácil vestir a un torero? Hay que tener dos huevos. O dos riñones. Fuerza y sensibilidad, ésa es la receta. Dicen que cada uno tiene sus manías, pero Miguel era de los corrientes. Había que vestirle por los pies. Como se visten los hombres, eso decía. Así que yo me posternaba como ante el dios Marte y le colocaba las medias, luego la taleguilla y de seguida las zapatillas. Me demoraba en la castañeta, justo antes de ceñirle la camisa y los tirantes. Así llegaba el turno del corbatín, del fajín, del chaleco y de la chaquetilla, que a él le gustaba de las antiguas, de largos alamares y hombreras anchas. Y, listo, ya sólo quedaba el capote de paseo y la montera".

- Le veía salir camino de la plaza, como vi salir a mi padre detenido por los falanges para no volverle a ver. Cada vez que le vestía, se me venían a las mientes malas figuraciones. Como si le estuviese colocando la mortaja.

Con Mateo había crecido junto al Corralón de los Carros, medio estudiado en los pupitres de El Portalón, soñando que afuera crecía la fama, el dinero, las mujeres guapas, las primeras planas del *Dígame* con sus retratos. Ambos estaban juntos cuando una becerra acabó con la vida de la Señorita Panchita, aquel torero cómico que murió ante sus ojos al fracturarse la columna. Se miraron entonces. Y supieron que la vida iba en serio, digo que iba en serio.

"Una vez toreó tres novilladas el mismo día. A las doce, en San Fernando. A las seis, en El Puerto. Y una nocturna, en Jerez".

El Gordo también estuvo allí, cuando le pisó el toro de la mala suerte,

cuando estuvo a punto de quedarse cojo y se vino arriba y triunfó de nuevo, aunque para ello tuviera que amenazar con el estoque a un empresario. Tuvo rachas de vacas flacas y fue en una de aquéllas, rememora, cuando no le contrataban y saltó a Las Ventas vestido de pan mascao, con traje y chaqueta, a gritarle a los cuatro vientos que El Cordobés estaba toreando borregos. Todavía le parece verle de nuevo, acariciándole la testuz al morlaco, sin ninguna defensa, y comerse el cuerno antes de que la policía armada tuviera tiempo de llevarle al otro lado de los burladeros, rumbo a una multa de 40.000 pesetas de las de entonces pero también rumbo a las primeras páginas del día siguiente: ya no más caras hoscas, portazos en la cara, contratos que no llegaban.

- Manuel Benítez y él se la tenían jurada mutuamente. Parecían odiarse los dos. O, mejor dicho, embestirse. No como toros, sino como ciervos en la berrea. Todavía recuerdo en Alcalá de Henares, en un mano a mano, cuando la presidencia tuvo que llamarles al orden y, como si fueran Pedro Romero y Pepe Hillo, exigirles que no volvieran a darse de piñas en el albero. Pero fue El Cordobés quien le acompañó en su último paseíllo, en la plaza de El Puerto, lo que son las cosas.

Atrás, las películas, aquellos dramones con galanes guapos, actores cómicos, starlettes pechugonas y un par de faenas. Atrás, las amantes y los caballos, la familia, su esposa y sus dos hijos, sin contar los bastardos o los entenados. Atrás, el áspero tacto del albero, la lluvia y el levante capeando su finca o su propia leyenda de bohemio trotanoches y bragado, que lo mismo afamaba de donjuán que de tipo políticamente incorrecto, como aquella vez que cuentan que se plantó a la puerta de un restaurante de Madrid para tener unas cuantas palabras más altas que otras con un crítico sobrecogedor que nunca volvió a hablar mal de él aunque no volviese a pagarle jamás.

- Yo no sé si le gustaba el cine o es que no le gustaba. Pero lo cierto es que, en vísperas de corrida, nos metía en una de esas salas de función doble y, con las mismas, nos sacaba a mitad de la película. Tenía que aburrirse, digo yo. O es que no le importaba el principio y el final de las cosas, sino las cosas en sí mismas. Sólo recuerdo haber visto dos del tirón. *Los siete samurais*, fue la primera, una muy rara, de japoneses, que no quedaba uno vivo. Y *Los siete magníficos*. Que, al salir, me preguntó: ¿pero ésta no es lo mismo que la otra pero en technicolor?

Veinte años anduvo el Maestro entre los grandes. Y a lo largo de ese tiempo vio de todo: plazas que se caían de viejas en mitad de una faena, salidas a hombros por la Puerta del Príncipe o las seis orejas de Madrid, cuando hasta la Oriana Fallaci vino a entrevistarle y terminó siguiéndole como una peregrina. O aquella otra vez en Colombia, cuando le paró la guerrilla entre Bogotá y Neiva, cerca del Huila. El Gordo todavía se recuerda jiñado ante los fusiles y en eso va el que mandaba y suelta: "¿Pero usted no es Mateo Paquiro? ¿No tendría una foto firmada para regalársela a mi chiquillo?".

América entera le adoraba. Desde La Monumental de México, que es como un estadio de sangre, al coso de Quito, por cuyo anillo cruza el vientre metálico de los aviones del aeropuerto vecino. Medio se asfixiaron juntos en Bogotá e incluso toreó de salón, una vez de noche, en la plaza de madera de Cartagena de Indias. Pero prefería los alberos minúsculos, como el de Texcoco con sus alegres colores o el más antiguo del continente, que es el del Acho, en el laberinto de Lima, con ese coqueto balconcito desde el que los virreyes veían la fiesta y en donde hace un siglo nos beneficiamos a dos mulatas de los pueblitos jóvenes, a cambio de un par de pantalones vaqueros.

Claro que no todo fueron tardes de gloria. ¿Cómo iban a serlo si su vida era tan inestable como una montaña rusa? Se torea como se es y él era el acabose. En un pueblo de La Alcarria tuvieron que sacarlo escoltado por los civiles tras un desastroso festejo. Y como quiera que uno de ellos le apretaba demasiado el brazo, él se quejó, a lo que el benemérito le increpó: "Si es que has estado muy malamente...". Y El Gordo se mea todavía de la risa, y pide otra manzanilla, y mira el magnetofón del periodista y se pregunta si no está largando demasiado y en realidad no está respondiendo a una entrevista sino que está delatando al Maestro, como si el tipo de las gafas que tiene enfrente fuera en realidad la policía de los recuerdos y pretendiera saber más de la cuenta.

"En La Coruña, le preguntaron que de dónde era y él dijo que era de Cádiz. ¿De Cádiz? Eso está muy lejos. No –replicó--, lo que está lejos es La Coruña. Cádiz está donde tiene que estar".

El reportero detiene entonces la grabación y le dice que no. Que eso le pasó a Cara Ancha, que era de Algeciras y del siglo XIX. Ni Cara Ancha ni Cara Estrecha, le replica. Ni el hombre del casino provinciano, en persona. Que él estaba allí y que no se lo ha contado nadie. Al Maestro, recuerda El Gordo, nunca le faltó la labia: "Lo más grande de torear es soñar cuando se torea", solía decir. O, cuando se arrimaba demasiado, que los cuernos sabían en realidad a pezones de mujer. Él le acompañó a lo largo de aquel tiempo de excesos, cuando había matadores que terminaban haciéndose cartujos o haciendo el payaso de extras en películas de romanos.

Mateo Paquiro tenía hechuras de bandido generoso. Era completo y puro, entre virtuoso y tremendista, según fuera la suerte. Miguel era gitano pero en Cádiz hubo un tiempo en que serlo o no serlo, no importaba: "Aquí, somos flamencos o no flamencos", decía Chano Lobato, que no se sabía muy bien lo que era. Tres veces se retiró y otras tres se arrepintió de ello. La última, vino a buscarlo otra vez al colegio: "Haz la maleta, Gordo –le ordenó-. Hay necesidad de buscar parné y creo que todavía no hago un papel ridículo, pues el valor no se ha acabado".

Dos años de trote, sus últimos buenos ratos. Pero todo tiene su fin. Y es que, entonces, ocurrió. En la plaza de El Puerto y con medio barrio en los graderíos. Y aquel toro hijoputa –"Barrunto" le llamaron-, su segundo de la tarde, que no le perdió puntal desde que salió por la puerta de chiqueros y se encontró con el diestro recibiéndole a portagayola. Por poco lo revolea allí mismo y al Gordo le dio muy mal bajío, pero no había motivaciones para reclamar a la presidencia el pañuelo verde y que lo devolvieran a los corrales.

El morlaco sabía. Venía a ser como una persona, como un semejante al que el maestro hubiera hecho cualquier trajín y ahora buscara vengarse. La cuadrilla y el mozo de espadas hicieron lo imposible, y se lo distrajeron no tanto para que se luciera como para que se defendiese, porque iba a por él, se le veía en los ojos si juramento le toman. Pero Mateo Paquiro parecía impertérrito, manda cojones. Se atrevió con gaoneras y chicuelinas, le hizo alguna larga y se lució por verónicas. De remate, unos faroles hasta quedar frente por frente tras pasarle el capote por la cabeza. El bicho y él se estaban mirando cara a cara, como si fueran a liarse a puñetazos.

El cornetín cambió de tercio y El Gordo se sintió aliviado por no tener que picar a aquel buen mozo rabilargo y carifosco, armónico en sus formas, astifino y amplio de pecho y culata, de capas cárdenas y ojos oblicuos, como que podrían haberle llamado Fumanchú. La castoreña se fue a tomar por culo y los cuernos levantaron el peto hasta desparramar el algodón por el albero. Si no fuera por los hierros, el picador, que apenas pudo resolver con bien una puya a pique de que el toro le rompiese la vara, podría haber terminado la tarde en silla de ruedas.

El Gordo fue a ponerle las banderillas, pero el Maestro se las quitó de las manos. No más volver grupas el picador, el matador se enflechó hacia el astado, con un ehe, ehe, ehe, cada vez más fuerte, cada vez más chulo; más suicida. El primer par ni siquiera pareció quebrantarle. Ni alegrarle el segundo. Cuando iba a por el tercero, el pitón izquierdo le rozó de refilón y le rajó la manga de la chaquetilla.

Cuando alcanzaron el último tercio, si alguien estaba resollando allí ése era el torero. Pero templó su lidia como pudo y hubo instantes en que parecía que estaba bailando un tango y no que estuviera jugándose el pellejo, como nunca en su vida. El Gordo estaba al quite y cuando rozaba al animal, parecía venirle un raro olor a azufre y a tiniebla. Se sorprendió secándose con el pañuelo su último escalofrío.

Con su muleta y el estoque cogidos con la izquierda, Mateo Paquiro brindó la faena a una presentadora de televisión que había venido a la feria y que se reía con carcajadas que no venían a cuento cuando media plaza estaba aguantando el resuello pues todos intuían que aquello no era normal. La montera quedó boca arriba y al sol y a la sombra se les escapó un bufido. El maestro se acercó a ella y la volvió boca abajo: "La suerte no existe –le había explicado una vez al Gordo con un par de güisquis echados al coleto-. La suerte es uno mismo".

Barrunto no esperó siquiera a que compusiera el perfil sino que le atacó de improviso y lo tumbó por tierra, mientras los subalternos intentaban hurtarle su presa, aun a riesgo de ser corneados, como así ocurrió con Paquito Lumbreras, un chavea de La Viña que no volvió a controlar su pulso a partir de aquella tarde. Cojeando, Paquiro se refugió en el calle-

jón, mientras un enfermero le echaba árnica en los rasguños. Al respetable se le encogió el corazón cuando vieron que el toro cogió carrerilla y saltó hasta allí, esquivando el burladero, entrometiéndose en el resguardo de las tablas, como queriendo llevarse al mundo por delante. Allí, casi sin poder moverse nada ni nadie en aquellas estrechuras pero como si ambos estuvieran realmente a solas, el toro despreció al practicante y enfiló hacia su adversario, corneándole varias veces en el pecho y otra en el glúteo. Mateo Paquiro se desplomó medio exangüe y hubiera llegado su hora de no ser por El Gordo, que le arrebató la pistola a un policía y casi sin tiempo a amartillarla le descerrajó a Barrunto dos tiros en el entrecejo.

Fue el único toro que mató en su vida. Le costó la cárcel, una multa enorme y el final de su carrera. Pero su nombre apareció a cuatro columnas en la portada de los periódicos. Lástima que ya no se publicara el *Dígame*. A partir de aquel día, Mateo no volvió a ser el mismo. Cuando salió del hospital, liquidó con cierta dignidad lo que le quedaba de temporada y ya se cortó la coleta para siempre.

Bueno, para siempre, para siempre, no. Eso acaba de musitarle, misterioso, El Gordo al periodista. El Manteca, que conoce la historia, ha dejado de fregar los vasos en señal de respeto y no le hace puto caso a un guiri que le grita en guachisnais, pidiéndole una Cruzcampo.

- El Maestro mató 1.300 toros, ¿sabe usted? Fue el segundo, después de Ruiz Miguel, en cortarle el rabo a un Miura en La Maestranza.
- Pero eso no era lo que usted iba a contarme.

El periodista parecía un fiscal. Había dejado la mojama en el papel y medio le miraba a los ojos y medio miraba al casete no fuera a pararse o a estropearse la cinta. Y es que allí no se habían citado para hablar de sus hazañas en los ruedos o de sus corridas fuera de ellos: el papel cuché se hacía lenguas de sus conquistas y las hemerotecas rebosaban detalles concretos sobre cada una de sus otras faenas.

El Gordo, antes de seguir, le pegó un sorbito a la copa de Solear. Miró a su alrededor y los carteles y fotografías le traían y llevaban a otros momentos de su biografía. A aquellos heroicos lances bajo una cortina de lluvia en

Sevilla. Qué coraje había tenido aquel hombre, qué apostura. Hubo días en que parecía salvaje como un legionario a la carga y otros en que resultaba un don Tancredo, absolutamente impávido frente a la fiera. Los del siete lo mismo le llenaban de piropos que de insultos. Y, en cualquiera de ambos casos, tenían razón a la hora de hacerlo: como aquella tarde en la Monumental de Las Ventas, con dos faenas tan perfectas que habría dejado sin orejas a sus enemigos, de no ser por una catástrofe sucesiva de espadas y descabellos. Buscaba al toro en las arrancadas y se quedaba allí, inmóvil, mientras le embestía. Quieto como un poste, había dicho Cossío. Cosido al toro, con una muñeca muy flexible, obsesivamente quieto y con la muleta a modo de látigo, citando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los pies clavados en la arena. Como quien baila un chotis, escribieron.

El periodista insistió: "A mí, lo que me han dicho, es que usted volvió a vestirle la tarde de su muerte. Y que volvió a cogerle la coleta".

En sus últimos años de vida, Mateo Paquiro fue un zombi. Y no porque le fueran mal los negocios, que los tratos le iban de perlas. Le iban mal sus entrañas: "¿Tú te acuerdas de aquella película japonesa que vimos, la de los samurais?". El Gordo se acordaba más de *Los siete magníficos*, porque en aquella otra se había quedado frito un rato antes de que al Maestro le diera el pronto y salieran todos espoleados del cine.

- ¿Y tú sabes lo que hacían los samurais para lavar su deshonra?

El Gordo lo sabía pero no quería saberlo. Él había leído que todavía había quien practicaba el haraquiri. Y se temió lo peor.

Eligió uno de esos raros días de chaparrones en Cádiz, cuando la ciudad tiene el color desvaído de una de esas películas francesas con subtítulos que a él tanto le aburrían. Le pidió al Gordo que volviera a vestirle de luces y recogió su melena en una elegante coleta. Paquiro no quiso usar catana sino su viejo estoque. Le dio cuarenta mil duros en un sobre, dos besos en las mejillas y un abrazo de despedida. Luego, cerró la puerta y ya no volvió a abrirla más.

Hasta que el juez, horas más tarde, levantó el cadáver, El Gordo se

bebió inclusive la botella de Malibú que criaba polvo en las estanterías del Café Español. E imaginaba a su patrón, a su amigo, al maestro, en la soledad de su alcoba, levantándose el fajín hasta dejar desnuda la cintura. Luego, hundiría el estoque ceremoniosamente en el costado derecho y lo iría empujando hacia arriba, hasta que le duraran las fuerzas. Sin embargo, no habría nadie allí para decapitarle, como exigía la tradición del Japón antiguo.

Todo ello es lo que, por fin, El Gordo ha ido relatando sobre el micro de la grabadora. En la taberna, ya no se oyen ni las moscas, ni el vozarrón del guiri de la Cruzcampo. El periodista, más serio que torvo, apaga el aparato y saca un par de billetes. Cuando sale por la puerta, El Manteca le endiña al Gordo una mirada de reproche: "Eres más embustero que Pericón". ¿A quién le importa la verdad?, piensa en cambio. Pero, a media voz, sólo dice: "¿Qué querías que le dijera, coño, que se suicidó con unas tijeras y que él mismo se sacó los intestinos cuando iba en la ambulancia camino de la muerte?".

- La historia del toreo está llena de leyendas, no de realidades. Yo, por cien euros, le recito si hace falta una obra entera de Mishima. Además, los periodistas no saben un carajo de nada. A ese tipo de suicidio no se le llama harakiri. Su nombre es seppuku. Que lo sepas, Pepe. Seppuku. Por cierto, ¿por qué gallo me recomiendas que apueste?